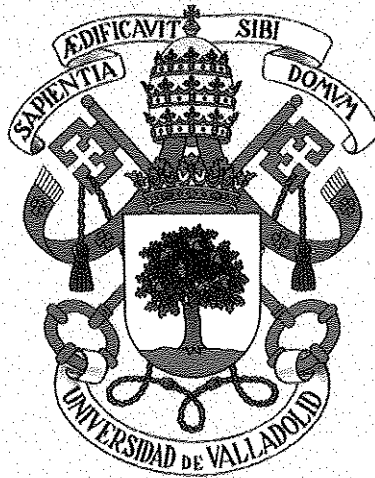


UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

DOCTORADO «HONORIS CAUSA»  
DEL EXCMO. SR.  
D. MARIO BENEDETTI



VALLADOLID 1997

EXCMO. Y MAGCO. SR RECTOR.  
EXCELENTISIMAS AUTORIDADES .  
ILMOS. MIEMBROS DEL CLAUSTRO UNIVERSITARIO  
SRAS. SRS.

**A**l investir hoy con el grado de doctor "Honoris Causa" al escritor don Mario Benedetti, la Universidad de Valladolid se honra con la incorporación a su Claustro de Doctores de uno de los intelectuales más vigorosos de este fin de siglo. Por su desvelada conciencia ética, por el rigor y exigencia de sus planteamientos intelectuales y políticos, por la variedad y riqueza de matices con que él consigue hacer hablar a nuestra lengua, Mario Benedetti, sin ninguna duda, es hoy privilegiado embajador ante el mundo del pensamiento libre y de la escritura creativa en lengua española. La Universidad de Valladolid, al recibirlo entre sus doctores, realiza ante todo un acto de justicia, que nos honra a todos, pero también adquiere un compromiso con los valores humanos, éticos y estéticos, que toda su obra encarna.

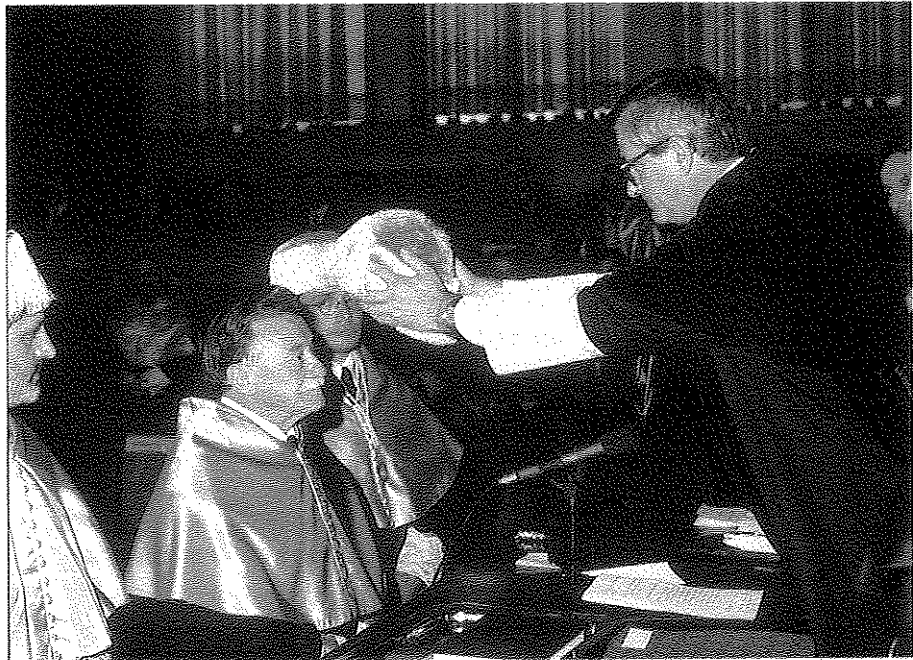
Al aceptar formar parte del Claustro de doctores de la Universidad de Valladolid, Mario Benedetti viene a añadir a la lista de honores que dan lustre a nuestra Universidad la distinción con que Instituciones de todo el mundo habían sabido reconocer su trabajo. Solo citaré dos de ellas, la "Orden Félix Varela" que le concede el Consejo de Estado de Cuba (1982) y la "Llama de Oro" de Amnistía Internacional (1987), suficientemente representativas del reconocimiento a una trayectoria intelectual, que se sustenta sobre una biografía preñada de entrega a la literatura y, desde ella, a la lucha contra la corrupción, contra el abuso de poder y contra la injusticia en cualquiera de sus formas y en cualquiera de sus geografías; una biografía, como consecuencia de todo lo anterior, salpicada de exilios, desexilios, penalidades, manchas en el currículum, y trabajo... mucho trabajo.

En este momento de júbilo para la Universidad de Valladolid, quiero dejar el capítulo de las penalidades, lo mismo que el de los laureles, en el baúl de los "recuerdos del olvido", para centrarme sobre todo en el trabajo. Porque en Mario Benedetti sorprende su capacidad de trabajo,

como estudioso de la literatura, como periodista, como dramaturgo, como ensayista, como narrador, como guionista, como poeta, como ciudadano. Su obra (ingente y todavía en marcha) la componen más de 70 libros, repartidos en una rica y plural variedad de géneros, con algunos títulos que forman parte ya del imaginario colectivo de todos los pueblos de habla hispana, como, *La tregua*, *El cumpleaños de Juan Ángel*, *Primavera con una esquina rota*, *Andamios*, *Despistes y franqueas*, *Recuerdos olvidados*, o *Los dos Inventarios*. Este ingente esfuerzo creador, aunque pueda parecer casi imposible, todavía le ha dejado tiempo para animar el desarrollo de revistas literarias y de pensamiento, como *Marginalia*, *Número* y la *Brecha.*, o de semanarios como *Marcha*. Y a todo ello hay que añadir su labor, regateando exilios y desexilios, en las aulas de la Universidad de Montevideo, su colaboración en la dirección de la Casa de América, su trabajo como publicista en Cuba o su actividad política cerca del Movimiento de *Independientes 26 de Marzo*. En justa correspondencia a la calidad de su palabra poética, a la vigilante conciencia de su labor de ensayista y a su inacabable capacidad fabuladora, sus libros cuentan hoy con más de 300 ediciones, que hacen un total de más de un millón y medio de ejemplares y, con todos los honores, han dado lugar a varias adaptaciones para el cine y el teatro.

Pero poco importarían las cifras, si esta obra abierta y plural no poseyera la magia comunicativa que posee; poco importarían las cifras, si esta obra no hubiera conseguido, como realmente ha conseguido, llevar hasta los umbrales mismos del siglo XXI, y llevar contra viento y marea, una concepción de la literatura como ejemplo de libertad, como proyecto ilusionado de compromiso con la idea de lo social, como sueño utópico de una nueva realidad erigida sobre bases más humanas y cordiales que aquellas, sobre las que el siglo XX comenzó a construir la modernidad. Cuando las Instituciones reconocen el trabajo de un médico, de un economista, de un químico, de un biólogo o de un político, la gente suele ser bastante receptiva hacia los méritos del galardonado. Pero no ocurre lo mismo (ni siquiera dentro de una comunidad universitaria), cuando se intenta valorar la obra de un poeta. Eso de la poesía, lo diré con la finura de un idiolecto muy próximo a Mario Benedetti, solo son "pavadas". Pues bien, será para mí un placer y un honor hacer la laudatio, ante el claustro de esta centaria Universidad de Valladolid, del alto significado que las pavadas de Mario Benedetti poseen, deberían poseer, para nosotros.

Con razón los dioses quisieron defender la propiedad en exclusiva sobre el fuego. Con razón se indignaron con Prometeo, cuando éste les robó tan preciado bien para dárselo a los hombres. Con el fuego, los hombres llegarían a convertirse, ellos mismos, en otros dioses. Hasta aquí el mito. Pero sucede que la historia ha venido luego, en parte al menos, a dar la razón al mito. El fuego les permitió a los hombres des-



cubrir la aleación de los metales y, sobre éstos, la humanidad puso en marcha los hilos de una idea de progreso que desgraciadamente sigue siendo la nuestra. Los hombres no han conseguido todavía convertirse en dioses, pero firmes en su empeño técnico no renuncian a conseguirlo un día. Aquí, sin embargo, la historia comienza a apartarse peligrosamente del mito: aquel fuego que Prometeo robó a los dioses ha ido elevando al hombre y distinguiéndolo de los animales, pero, dada la trayectoria emprendida, el riesgo que hoy corremos es acabar convertidos en máquinas, y no en dioses. Entre los cientos de cuentos que llevan la firma de Benedetti, hay uno que, por su visión irónicamente realista, siempre me ha resultado especialmente simpático. Se titula *El ruido y la imagen* y está incluido en el volumen *Despistes y franquezas*. Este es, literalmente, el esqueleto de dicho cuento:

Lo dijeron y lo repitieron esclarecidos portavoces de Algo: «Se acabó la escritura. La literatura está condenada a morir. De ahora en adelante sólo existirá la Cultura del Ruido y de la Imagen». De acuerdo con este dictamen los escritores dejan de escribir y los compositores dejan de componer y se dedican ya sólo "a la informática, a la política, a la pesca, al psicoanálisis, al tenis y a otros oficios más o menos rentables". Como consecuencia de todo lo anterior, y agotado el stock mundial de novelas, dramas y guiones, comienza una etapa nueva en la cultura de occidente, etapa que viene a caracterizarse por que ahora las imágenes aprendieron a no narrar, simplemente estaban. La agonía de la música fue más lenta, pero también llegó. Ya nadie se acordaba de Mozart, ni de Bartok, ni / de los Beatles, ni de Sting, ni de Chico Buarque.

Y es así como...

Dentro de la más absoluta libertad de expresión, los letristas de canciones fueron conminados a reducir sus textos a lo mínimo. Fue así que en octubre de 1997, el "hit number one" llevó como letra una sola línea infinitamente repetida: "Voy, vengo, y no voy más, nunca más nunca máaaaaaaaas". En abril de 1999, la letra del "number two" tenía pseudo reminiscencias criptolíticas: "Después del martes viene el miércoles, aaaay". Por supuesto que en inglés tales letras sonaban bastante mejor. El advenimiento del nuevo siglo fue saludado con un "hit" que los entendidos consideraron como una obra maestra de síntesis socioeconómica: "Lancémonos lancémonos", pero tres meses después la erosión tautológica la había reducido a "Monooooos".

[...] La cultura del Hiper Ruido y el super Temblor de la Imagen acabó por imponerse y suprimió radicalmente toda huella de melodía, esa cosa inútil, y todo rescoldo de palabra, esa basura. Los conjuntos que aparecían en la ex-pantallita y ahora pantallota se limitaban a emitir grititos, gruñidos, alaridos, que no llegaban ni siquiera a ser sílabas, ya que esto habría sido considerado como una grave señal de conservadurismo [...]

El desenlace del cuento (que no voy a leer ahora) está lleno de una gracia y de una ironía consonantes con el realismo profético del fragmento que acaban de escuchar. Pero ahora lo que me interesa destacar es la idea de literatura y de lo literario que este cuento, y la obra toda de Benedetti, reivindica. Vuelvo a pedirle prestada la voz al maestro, que ha escrito:

El poeta es un peregrino cordial [...], un expedicionario de los sentimientos, un reclutador de prójimos. [Su campo de acción es el del sentimiento, porque] los sentimientos [...] configuran el [verdadero] habitat del hombre [...] Nunca ha sido tan imprescindible como ahora que la cultura bregue por la salvación del hombre.

Es sobre esta apuesta por la cultura como instrumento para la salvación del hombre, sobre la que quiero construir mi argumentación y mi elogio en favor de la obra de Mario Benedetti. Porque hoy deberíamos todos tener muy claro ya que no nos basta con el fuego de Prometeo; que el verdadero habitat de lo humano no lo configuran los grandes ingenios mecánicos, ni los electrónicos o los informáticos; que el verdadero habitat de lo humano está hecho de la misma madera que los sueños, una madera que sólo arde en el fuego del sentimiento, y que este fuego es tan necesario como aquel otro de Prometeo. Admitido esto, hay que admitir también que la obra de Mario Benedetti es la obra de un incendiario; de un incendiario apasionado con su trabajo, consciente como su Juan Ángel de que "en realidad la realidad / es la única eterna" y de que "nuestro único poder es / transformarla". Pero consciente también de cuál debe ser el camino. En un artículo publicado en *El País*, en 1992, escribía Mario Benedetti:

Lo cierto es que los sentimientos son incómodos; no caben en la computadora, no pagan impuestos, no convocan multitudes y ya ni siquiera hacen goles [...] Quizá hoy el sentimiento sólo pueda movilizarse a golpes de utopía. No estaría mal, después de todo. Las utopías, realizadas o no, pero siem-

pre generosas y abiertas, han funcionado muchas veces como sistemas de circulación del sentimiento, y es obvio que el mundo en crisis necesita esa savia.

He pasado como sobre ascuas por los títulos de su bibliografía, porque, después de haber disfrutado de sus historias y después de haber vibrado con sus canciones, lo que más me ha interesado siempre ha sido el fuego que arde en su escritura toda. Fuego que es fuego de odio algunas veces, porque:

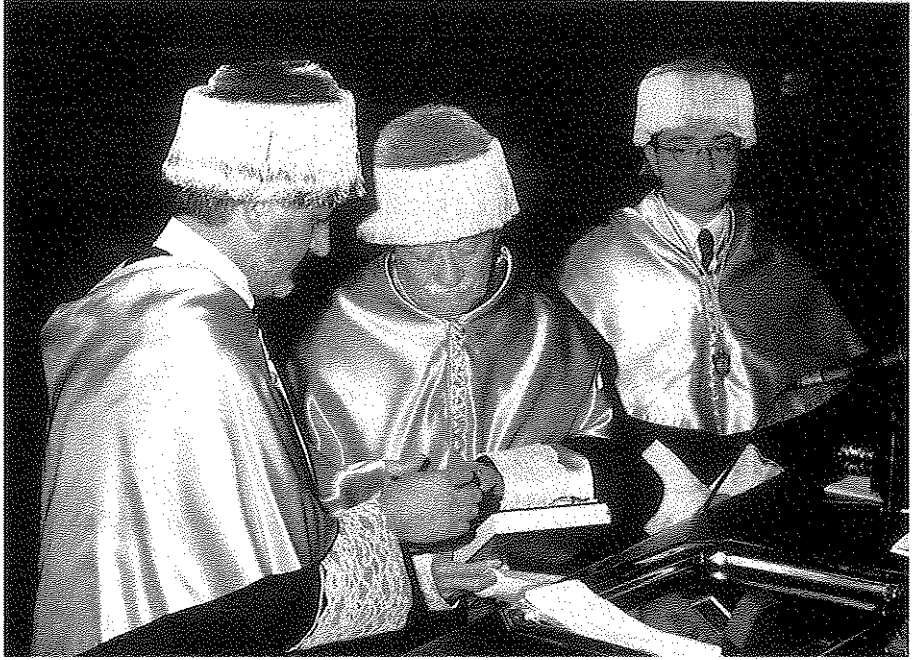
el odio está bien si está en su sitio  
y su sitio no es el del desquite  
el odio está bien si despeja la ruta  
Pero sabiendo siempre también que  
el odio está mal si nos excede  
si puede más que nuestro tranco de hombres  
ni una uña más acá de la justicia  
ni tampoco una uña más allá  
aunque no nos falten ganas de meterles la calva  
en el bidón escatológico  
[...]  
ni una uña más allá de la justicia

Porque:

nuestra ventaja y nuestra desventaja  
es que vivos o muertos  
jodidos o triunfantes  
nos hemos prohibido ser inmundos.

Pero..., si se da también cabida al odio, porque el odio, “ni una uña más allá de la justicia”, forma parte de lo humano, el fuego por el que verdaderamente apuesta Benedetti es el fuego del amor. Y, cuando esto ocurre, su voz se torna susurro y se hace canción para decir con música de tango o de bolero (no sé):

Tus ojos son mi conjuro  
contra la mala jornada  
te quiero por tu mirada  
que mira y siembra futuro.  
Tu boca que es tuya y mía  
tu boca no se equivoca;  
te quiero porque tu boca  
sabe gritar rebeldía.





En otras ocasiones su fuego es el fuego del humor, que no es nunca ni frivolidad ni sarcasmo, sino apelación directa a la inteligencia y al corazón. Sirva de muestra el siguiente texto, ya antiguo en la bibliografía de Benedetti, pero tan actual y tan de siempre, tan oportuno en este marco:

En la sala repleta circuló un aire helado cuando don Luciano, con todo el peso de su prestigio y de su insobornable capacidad de juicio, al promediar su conferencia tomó aliento para decir: como siempre quiero ser franco con ustedes. En este país, y salvo excepciones, mi profesión está en manos de oportunistas, de frívolos, de ineptos, de venales.

A la mañana siguiente su secretaria le telefoneó a las ocho: Don Luciano, lamento molestarlo tan temprano, pero acaban de avisarme que, frente a su casa, hay como quinientas personas esperándolo, ¿Ah, sí?, dijo el profesor de buen ánimo. ¿Y que quieren? Según dicen, se proponen expresarle su saludo y su admiración. Pero, ¿quiénes son? No lo sé con certeza don Luciano. Ellos dicen que son las excepciones, salvo excepciones, en *Despistes y franquezas*.

En otros casos, su fuego es el fuego en el que arde el recuerdo, enseñándonos que el pasado es el reducto de la identidad personal y colectiva, y que la memoria es "nuestra única riqueza inexpropiable y nuestra más poderosa arma contra la desmemoria de los fusileros". Y siempre es fuego de pasión. Dice un personaje (Diego) de una de sus novelas (*La tregua*) refiriéndose a Uruguay:

Hay gente que entiende lo que está pasando, que cree que es absurdo lo que está pasando, pero se limitan a lamentarlo. Falta pasión, ese es el secreto de este gran globo democrático en el que nos hemos convertido. Durante varios lustros hemos sido serenos, objetivos, pero la objetividad es inofensiva, no sirve para cambiar el mundo, ni siquiera a un país de bolsillo como este. Hace falta pasión, y pasión gritada, o pensada a los gritos, o escrita a los gritos. Hay que gritarle en el oído a la gente, ya que su aparente sordera es una especie de auto-defensa, de cobarde y malsana autodefensa. Hay que lograr que se despierte en los demás la vergüenza de sí mismos, que se sustituya en ellos la autodefensa por el autoasco. El día en que el uruguayo sienta asco de su propia pasividad, ese día se convertirá en algo útil.

Amor, odio, humor, rebeldía, y siempre pasión (gritada o escrita), tejen en la pluma de Mario Benedetti una obra comprometida, pero comprometida, en primer lugar, con esa masa compleja de incertidumbres, de pulsiones y de voluntades en la que el ser humano se reconoce como existencia en solidaridad con otros. Fundiendo todos estos fuegos, la obra de Mario Benedetti, convencido de que la utopía sigue siendo el motor que mueve el mundo, le devuelve al lector la desesperanza convertida en esperanza, como el instrumento para hacerla realidad (Rufinelli); le devuelve la realidad convertida en espejo capaz de reflejar todas las aspiraciones profundas de su ser hombre, hombre esencial y, a la vez, histórico, pero sin colores, sin razas, ni guerras, ni prejuicios. En su libro *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, texto fundamental en cuanto redefinición del papel del intelectual sobre la base de un nuevo humanismo, Mario Benedetti es muy claro, cuando apuesta por los mundos inventados del escritor, no como corrección de la realidad pasada, sino como propuesta de la realidad futura.

Pero que nadie imagine ahora, cuando hablo de utopía en Benedetti, que me refiero a ese territorio de la fantasía infecunda, en el que con tanta frecuencia el técnico instala al escritor. La utopía con la que Benedetti nos compromete en su obra hunde sus raíces, como muy bien ha dicho Caballero Bonald, en "la inmediatez de lo más corporalmente esperado, el cuerpo propicio del otro, esa otredad del amor que no nos niega", sino que nos ensancha y que convierte la vida histórica, y también la vida del día a día, en experiencia moral. Porque, soñador de un mundo en el que la indiferencia sea una palabra obscena, para Mario Benedetti las voces amor, revolución, o rebeldía, significan necesidad de transformar la realidad, pero sobre todo significan voluntad de acción en el ámbito de la intimidad humana, en el ámbito de las relaciones humanas. En esta clave hay que interpretar el tantas veces mal leído compromiso de nuestro autor y de su pluma con la historia concreta de los pueblos (el Uruguay de la dictadura o la Cuba revolucionaria, por ejemplo). Porque, como dice otro personaje de Benedetti, para cambiar la realidad "no basta con cambiar las estructuras, es preciso también cambiar el signo moral de los pueblos", y esa es función, ya lo sabemos, del sentimiento, de la utopía y, en última instancia, de la palabra; de esa palabra portadora del fuego que nos hace, a todos, seamos o no sus lectores, más humanos.

Pero es ya hora de ir concluyendo y quiero hacerlo, Mario, dándote las gracias en nombre de toda la comunidad que forma esta Universidad de Valladolid, por tus historias, por tus canciones, por el rigor y honestidad de tu compromiso, por la valentía y belleza de tu palabra; valentía y belleza que, como reza tu poema *intimidación*, son capaces de hacer de nuestra "soledad acompañada" una llama. Gracias por tu regreso al puerto de Palos en "una de esas piraguas que redescubrieron Europa", gra-

cias por tu "Caperucita roja golpea otra vez", porque muy bien sabes que "después de todo, a la gente siempre le ha gustado que le cuenten cosas". Pero, sobre todo, personalmente yo te doy las *Gracias por el fuego*.

Y apoyándome en tan altos y dilatados méritos como ilustran su intachable trayectoria de creador y de pensador, ante el Claustro de la Universidad de, Valladolid, solicito del Rector Magnífico se proceda a la investidura de Mario Benedetti con el grado de doctor "Honoris Causa" por esta Universidad.